

EL GENERAL MIGUEL SILVA PLAZAS

UNA GLORIA COLOMBIANA

Coronel GUILLERMO FERRO DUQUE



Tallar con el cincel de la expresión la figura del General Silva Plazas es una obra reservada a los espíritus selectos que como el Dante saben divagar por caminos inaccesibles hasta llegar a descifrar los arcanos de las almas grandes; o que como Miguel Angel interpretan al genio y a fuerza de pincel resucitan la historia.

Pero aún infinitamente lejos de aquellos gigantes, intentaremos trazar su semblanza, animados como estamos con la emoción patriótica que nos depara su ejemplo creador.

Corre el año de 1.890. Y en la apacible Santa Rosa de Viterbo, ciudad de corte colonial y noble señorío, engastada en la cima de la cordillera y acariciada por las brisas del páramo, el 19 de Agosto ve la luz un niño nacido en el distinguido hogar boyacense formado por don Julio Silva y doña Dolores Plazas, quien tres días más tarde recibía las aguas bautismales bajo el nombre de José Miguel María.

La trinidad de su nombre obedece sin duda alguna a la rancia tradición acrisolada en las más acendradas virtudes cristianas, patrimonio de todos los suyos, y en cuya fragua se habrá de forjar aquella personalidad sorprendente. Su niñez transcurre en tranquilo y directo contacto con la natu-

raleza en la villa natal, compenetrado de la inefable sencillez de sus vecinos, de las gentes del campo que en acción de gracias al Creador fertilizan el surco y recogen los frutos de la tierra siempre agradecida; y al amparo de los celosos cuidados prodigados por sus padres, atentos al desarrollo intelectual del niño, quien ya daba muestras de ser una inteligencia superior.

Las primeras letras las aprendió en el seno del hogar bajo la inmediata dirección de don Julio y de doña Dolores, personas cultas y de exquisita formación moral. Más tarde, pero todavía a temprana edad, impelido por sus vehementes deseos de acrecentar su acervo cultural, se enrumbó hacia la capital de la República donde ingresó al histórico plantel de Nuestra Señora del Rosario y allí acabó por familiarizarse con las nobles disciplinas del espíritu y por ende con los ideales de la libertad.

Y así alimentado con estas inquietudes, sumadas a su inmediata vocación por abrazar la carrera de las armas, contando apenas con 16 años de edad, traspasando fronteras viajó a la hermana República de Chile a disfrutar de una beca que el Gobierno Nacional le otorgó para que cursara estu-

dios militares. Y a partir de este instante todas sus energías, su inteligencia, su visión de organizador y sus especiales dotes de caballero, fueron puestas sin condición al servicio de la Patria como la ofrenda magnífica de uno de sus mejores hijos.

La vida militar de este varón dotado de singulares virtudes, sus desvelos en beneficio de la institución, su genial intuición para orientar los cuadros en orden a conseguir resultados efectivos en un medio casi siempre difícil, lo destacan como un símbolo permanente de abnegación militar y como un ejemplo inagotable para quienes hayan por suerte de seguir la carrera de defender la Patria.

Los actos de su vida llevan el sello inconfundible de su personalidad y del estricto cumplimiento del deber profesional. Fué un enamorado de su profesión y siempre cuidó de ella como se cuida la virtud cuando no es otro el patrimonio, y a su servicio puso sin recato todo ese tesoro de atributos que lo hicieron distinto del común de los hombres.

De clara inteligencia y fácil raciocinio conocía sin demora a cuantos lo rodeaban y en sus manos ese elemento humano rendía sin reservas lo mejor de su esfuerzo. De gran carácter, sus decisiones llevaban la firmeza del convencimiento y la justicia. Amante del derecho y por lo tanto obediente

de la Constitución y de las Leyes, de la legitimidad, porque suyos no fueron los atajos de la indisciplina, es bien sabido que en los momentos difíciles de la República estuvo siempre al lado de la Patria y que el contingente de su personalidad ayudó a salvarla. También se dice que fué un apóstol de la cultura y su divulgación, por donde quiera que pasaba iba regando su simiente, prestaba sus libros sin el enojoso encargo de devolverlos porque para él las bibliotecas debían ser templos abiertos.

Estas y otras fueron las múltiples virtudes que adornaron al General Silva Plazas, que con acierto y con la pedagogía de su ejemplo supo inculcarlas en sus subalternos; y ese precioso legado, fanal inagotable de enseñanzas, debe ser el breviario de las generaciones presentes y de las generaciones por venir.

Sus ascensos que fueron rigurosos, son la expresión de sus méritos porque siempre estuvieron precedidos de óptimos calificativos. En Chile alcanzó el grado de Teniente y con él ingresó al servicio de la Patria el 19 de Enero de 1.927, pero en Febrero del mismo año fué ascendido a Capitán, y a Mayor en Febrero de 1.933; a Teniente Coronel en Octubre de 1.937; a Coronel en Marzo del 42 y el 20 de Septiembre de 1.944 llegó a la cima y desde entoces la República lo cuenta entre sus grandes Generales.

Nuestro Gobierno y los Gobiernos extranjeros de Chile y los Estados Unidos lo distinguieron con honrosas condecoraciones en prueba de sus grandes méritos de soldado. En su pecho lucieron plenas de dignidad la Orden de Boyacá en el grado de Gran Oficial, la condecoración al Mérito de la República de Chile en el grado de Comendador, la Orden al Mérito Mi-

CORONEL

GUILLERMO FERRO DUQUE

Oficial de Caballería. Egresó de la Escuela Militar de Cadetes, como Subteniente, en noviembre de 1937. Ha prestado sus servicios como oficial y Cde. en todas las Unidades de su Arma y como Jefe del Estado Mayor de la VII Brigada. Adelantó Curso de Estado Mayor en Fort Gulick, Zona del Canal de Panamá. Actualmente ocupa el cargo de Cde. de la VII Brigada.

litar del Ejército de Chile en primera Categoría, la Medalla de Santiago por sus Servicios Distinguidos y la Legión del Mérito de los Estados Unidos de América en el grado de Comandante.

Y así cargado con tantos méritos, a solicitud propia, dejó el servicio activo el 31 de Agosto de 1.946 para entregarse a los cuidados de su hogar nobilísimo que formó con la distinguida dama chilena doña Bertha Cherau Robert, cuyos vástagos son honra y prez de la sociedad colombiana.

Pero como la sentencia de la Escritura es inexorable, en aquel hombre-virtud también tuvo cumplimiento y el 30 de Mayo de 1950, siendo las

17:30 horas, en Viña del Mar, Departamento de Valparaiso, entregó su alma a Dios; y en aquella tierra su segunda Patria recibió cristiana sepultura con los honores debidos a su rango. Hoy allí, un imponente mausoleo guarda sus cenizas. Pero entre nosotros vive, porque viven sus enseñanzas y porque los colombianos todos lo recordamos con cariño, con admiración, con devoción y gran respeto.

Su figura procera se levanta en bronce, en el mismo bronce tañedor de las campanas de su fé y de nuestra fé, y con ellas, cuando la Patria se encuentre amenazada vibrará sonoro llamándonos al servicio de los caros ideales que ayudó a forjar.

Las cualidades más esenciales de un General serán siempre: primero, mucho valor moral, capaz de gran resolución; segundo, mucho valor físico que desdeñe el peligro. Sus conocimientos científicos o militares son secundarios a estas cualidades. No es necesario ser un hombre de vasta erudición; su conocimiento puede ser limitado pero debe ser concienzudo; y él debe conocer perfectamente los principios que son la base del arte de la guerra. Les siguen en importancia las cualidades de su carácter personal. Un hombre que es bizarro, justo, firme, recto, capaz de darle crédito al mérito en otros en vez de envidiarlos, y hábil en hacer que este mérito contribuya a su propia gloria, siempre será un buen General y tal vez hasta podrá pasar como un gran hombre.

Jomini.